



VII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2005

**PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO
EN EL PUEBLO DE GRISEL: (COMPARTIDO)**

Relato premiado: *“En lo más profundo”*

Autor / a: M^a Mar Cid Carazo. Alfajarin (Zaragoza).

EN LO MÁS PROFUNDO

I

Metió los pies en el agua y la sintió helada. Las pequeñas gotas salarinas, humedecieron su pecho y también su rostro. Sonrió. Era agradable disfrutar de su tiempo libre en soledad, a la orilla del río. Era un precioso día de primavera y la paz que sentía le llenaba el corazón. Era Abril.

Las mariposas revoloteaban por entre las flores recién estrenadas de la primavera y un precioso manto verde cubría el paisaje por entre los árboles. Los pajarillos cantaban alegres canciones desde sus ramas. El sol, comenzaba a calentar con fuerza, algunos rayos se colaban entre las hojas. El pequeño riachuelo, del que ahora sacaba los pies doloridos por el frescor del agua, provenía en su mayor parte del deshielo del Moncayo, el cual no podía divisarse desde este lugar.

Aunque todavía era una adolescente, aparentaba mayor edad. Su cabello trenzado era del color del fuego y sus ojos el cielo profundo. Su

extremada delgadez denotaba que no siempre podía alimentarse cuando su estómago se lo imploraba. Era una joven muy bella a pesar de su picuda nariz, la cual le hacía más interesante. Su rostro tenía aspecto cansado y ciertas arrugas que no eran muy propias de su edad. Nadie de por allí le había visto nunca sonreír. Su vestido de lino tenía múltiples remiendos y gustaba de andar descalza con el buen tiempo.

Se recostó sobre la hierba y respiró profundamente hasta quedar dormida.

De repente, un ruido le hizo despertar. Se incorporó todavía acostumbrándose a la luz, frotándose los ojos. Era el paso de un caballo que se detuvo a su lado.

- Buenas tardes señorita.

La joven permaneció sentada en el suelo.

- Disculpe si le he asustado, pues no era mi intención.

El joven mostraba un extraño acento que no supo reconocer. Era un varón apuesto de negra cabellera y rostro afilado. Su voz era profunda y tranquilizadora. Tenía un espléndido porte y se observaba que era de buena familia.

- No me has asustado – contestó tajantemente.

- Pues entonces disculpe la molestia.

- Eso sí que sería motivo de disculpar.

- No le entretendré mucho tiempo – continuó el joven apresuradamente, se notaba que empezaba a incomodarse – sólo quería preguntar si voy bien encaminado hacia Grisel.

- De momento sí, pero eso no significa que no puedas perderte – le respondió con brusquedad y volvió a tumbarse apoyando la cabeza sobre ambas manos.

- Muchas gracias señorita. Seguiré mi camino sin entretenerle más. Que pase una buena tarde señorita.

El joven prosiguió su camino sin recibir respuesta de la chica. Dudó un momento, paró y giró sobre su caballo:

- Por cierto, creo no haber oído vuestro nombre – dijo tímidamente.

- Pues crees bien – replicó la muchacha mientras se recostaba dándole la espalda, invitándole a seguir su marcha.

El chico se alejó lentamente sin volverse. Ella tampoco le miró.

II

Julieta era una chica grandullona y malhumorada de casi diecisiete años. Sus tirabuzones dorados caían en coletas a los lados de su cara disimulándole los rosados mofletes. Siempre llevaba los labios torcidos en un gesto de fastidio. Le gustaba mucho acicalarse, aunque de poco le servía puesto que no era muy agraciada. Pese a ello, Julieta se sentía sublime y se creía la más bella de todas.

Era la menor de tres hermanos, Alejandro y Diego, los cuales no habían corrido la misma suerte que su hermana. Éstos no eran muy bellos pero sí bien apuestos. Ambos se habían casado recientemente con bellas damas. Era la única de los hijos de los señores que todavía vivía en el castillo.

Tenía muchos pretendientes, pero ninguno le interesaba: si eran apuestos no eran de familias pudientes y si tenían una buena situación

económica carecían de atractivo. Pero con la llegada de su primo Eloy, todo era diferente.

Había llegado hacía tres días del sur de Francia. Era el menor de cuatro hermanos y había decidido pasar un tiempo en España con sus tíos, con la intención de asentarse indefinidamente. Desde su llegada, Julieta había experimentado un cambio espectacular. Se levantaba temprano y preparaba ramos de flores con los que adornaba la mayoría de las estancias, se le oía canturrear y siempre estaba alegre.

El segundo día, no se había separado de su primo. Le mostró todas las dependencias del castillo e incluso dieron un paseo juntos a caballo por los alrededores. Ella se mostraba excesivamente simpática y le reía todo cuanto decía. Por su parte, Eloy se sentía agradecido por las atenciones y la compañía de su prima, pues, aparte de sus tíos era la única persona que conocía en su nueva residencia.

A Eloy le gustaba el lugar. Era un pequeño poblado muy humilde, pero parecía un lugar tranquilo, con verdes campos y escorrederos de agua por doquier. Paseando de vuelta al castillo, ahora no escuchaba a su prima, estaba en sus propios pensamientos.

Había salido hacía diez días de su casa al sur de Francia con la intención de cambiar de aires y conocer nuevas fronteras. Vivía en una gran ciudad llamada Carcassone con sus padres y con dos de sus hermanos, el mayor de ellos residía allí también con su esposa. Pero Eloy era un joven inquieto y quería conocer otras tierras. Por eso un día hablo claro. Comunicó su deseo de abandonar tierras francesas para conocer España, lugar por el que siempre había mostrado un peculiar interés. Además era un joven culto,

hablaba francés, español y latín, y tenía conocimientos en geografía y matemáticas. Envió un despacho a sus tíos de España y ellos estuvieron de acuerdo, por lo que en dos días estuvo listo para emprender el viaje.

Ahora pasaban por el pequeño mercado del poblado, situado en la plaza de la Yglesia, muy próxima al Castillo. No lo cruzaron, pues Julieta nunca se rodeaba de personas humildes, no obstante, montados a caballo habría sido una tarea complicada dada la cantidad de personas que habían acudido. Dieron un rodeo a la pequeña iglesia que allí se encontraba y entregaron los caballos a los sirvientes que les ayudaron a desmontar de ellos.

III

Era Domingo por la mañana y la mayoría de vecinos se encontraban en la iglesia.

Pero ella no. Metió los pies en el agua helada hasta que empezaron a dolerle del frío. Entonces los sacó y ando un rato descalza sobre la hierba. Los domingos solía llevarse allí sus quehaceres. Cogió las tiras de mimbres¹ y empezó a tejer una cesta. De normal, ella solía hacer las tareas en su pequeña cueva, pero los Domingos con el buen tiempo, le gustaba llevarse sus aperos de cestería a “su rincón” a la orilla del río. Algunas veces también hacía alguna banqueta o pequeña mesa, pero normalmente confeccionaba cestas, que eran más fáciles de vender.

Apenas había empezado a trenzar su cesta, cuando escuchó pasos. Ella corrió a ocultarse tras unas zarzas. Entonces apareció Él. Era el chico de

¹ Mimbres.

la otra tarde al que había respondido con malas artes. Aguardó detrás de las zarzas en silencio observando al muchacho.

Eloy llegó hasta aquel lugar y le gustó. Le resultaba familiar. Al momento recordó que en ese mismo sitio había estado preguntando por su camino a una muchacha un tanto peculiar. Decidió sentarse allí a descansar entre los árboles a la ribera del pequeño riachuelo. Le gustó el sonido del chapoteo del agua y el olor a humedad que allí se respiraba. Se quitó las botas de piel y se remangó los ropajes. Metió los pies en el agua helada y los sacó como si de agua hirviendo se tratara emitiendo un grito agudo. Ella no pudo contener una risita, pero él no la escuchó. Cogió un trozo de madera que encontró en el suelo y sacando un pequeño cuchillo que llevaba encima empezó a tallar algo. Así estuvo largo rato centrado en su tarea. Mientras tanto, ella tenía las piernas doloridas, pues las tenía semiflexionadas y no quería moverse para no llamar la atención del joven por si hiciera algo de ruido.

Cuando por fin hubo terminado, contempló su obra levantándola con una mano y la dejó a su lado. Se recostó y quedó dormido.

Cuando ella creyó que estaba dormido, salió de su escondite para dirigirse a casa. Pasó cerca de él, pues no había otro camino más cercano para cruzar el río. Cuando llegó a su lado, no pudo evitar observar la figura que había tallado. La observó y no reconoció lo que era. Estaba perfectamente tallada con cortes bien precisos, y aunque claramente se veía que se trataba de un animal, ella no lo había visto nunca. Tenía un cuerpo rollizo y un extraño apéndice en la cabeza, que bien podía ser la nariz. Observó al joven que parecía dormido. No pudo contenerse a coger la pieza y a observarla más de cerca. Acercó su mano con cuidado de no rozar al chico y en el preciso momento en que agarraba la pieza, una mano se aferró a su muñeca

fuertemente. Ella se asustó. La pieza que sostenía con una mano y la cesta a medio empezar que sujetaba con la otra cayeron al suelo.

- ¡Sois vos! Creo que nos hemos visto antes – dijo mientras se incorporaba.

- Eso ya lo sé – le replicó ella.

- ¿Acaso pretendías robarme? – le insinuó Eloy comprobando que la chica seguía en su postura hostil del mismo modo que hacía unas tardes.

- ¿Robarte? ¡Ja!

- Soy Eloy de Carcassone ¿Hoy vais a decirme vuestro nombre? – le preguntó mientras se ponía en pie.

- ¿Tanto interés tienes en saber mi nombre?

- Solo me gusta saber el nombre de las personas con las que hablo, pero si no me lo queréis decir os pondré yo mismo un nombre.

Sus labios hicieron una mueca de sonrisa contenida.

- Me llamo Abril. Soy Abril *de Grisel* – dijo en tono irónico. Cogió su cesta a medio hacer y se giró para marcharse.

- ¡Esperad! os dejais esto – dijo él mientras le ofrecía su pieza tallada – os lo podéis llevar.

- No quiero eso – contestó arrogante – ¿para qué me puede servir una figura de un ser tan extraño?

- Aun con todo, yo creo que tenéis interés en él y lo dejaré aquí de todos modos. Tal vez algún día os hable de estos animales.

- Tal vez, hoy sea el último día que nos veamos.

Se dio media vuelta y se marchó a su casa.

En realidad le había gustado mucho la talla de madera.

Volvió a “su rincón” y después de observar que Eloy ya se había marchado, comprobó que en efecto allí había dejado la figura. La recogió con suma delicadeza con ambas manos y la observó anonadada. Era espléndida. Se la llevó de vuelta a casa.

IV

Abril vivía en una cueva excavada en una colina a las afueras de Grisel en dirección al río. Vivía apartada del resto de la gente. Siempre estaba sola. Alrededor de la entrada a la cueva tenía un trozo de tierra vallado con troncos de madera que utilizaba para cultivo y para la cría de algunos pollos y conejos. Con el buen tiempo, solía estar todo el día fuera de la cueva, bien en su cercado, bien en “su rincón”. Se alimentaba básicamente de lo que ella misma cultivaba y criaba, aunque a veces, sobretodo para el verano recogía frutos silvestres. Era muy mañosa con el trabajo del miembro, que luego vendía en la ciudad de Tarazona. Era muy extraño verla por Grisel y los vecinos evitaban cruzarse con ella. Nunca tuvo padre, pero sí madre. Su madre era la única persona a la que había querido nunca, se llamaba Abril como su madre y como su abuela, pues todas ellas habían nacido en abril. Su madre siempre se mostró con ella muy cariñosa y constantemente trataba de protegerla. Le había enseñado a valerse por ella misma desde muy pequeña, le enseñó a creer ante todo, en ella misma. Todos sus conocimientos los había adquirido por su madre. Con ella aprendió a leer, aprendió a conocer las plantas y sus propiedades, le enseñó a trabajar con el miembro y le mostró los secretos del cielo estrellado. Vivían en esta misma cueva, alejadas de todo ser humano.

De su madre siempre habían dicho que era una bruja, que era capaz de convertir a las personas en criaturas y que con su mirada podía leer la

mente de cuantos se le acercaban. Decían que provenía de una extraña familia y que por eso todos sus ancestros – y su hija - habían sido hijas únicas, tenían el pelo rojo, habían nacido en el mismo mes y habían quedado viudas muy tempranamente.

Una noche de verano, en el año 1379, cuando Abril contaba con 8 años, entraron varios guardias en la cueva y se llevaron a su madre de madrugada. Estuvo encerrada en una celda de Tarazona durante tres días hasta que fue juzgada.

Se le culpaba de asesinato. Habían encontrado hacía dos días a un vecino de Grisel muerto en las cercanías de su casa sin signos de violencia, con la cara hinchada y los labios amoratados. Puesto que no existía ninguna pista al respecto y hacía tiempo que se le intentaba juzgar por brujería (aunque nunca habían tenido más prueba que las habladurías), tenían el alegato perfecto para inculparla.

El juicio fue extremadamente rápido y así, esa misma tarde, el 10 de agosto de 1379 su madre fue quemada en la hoguera junto al torreón en ruinas (por las numerosas batallas de hacía unos años) en la Diezma, quedando Abril sola a su propia suerte.

Los vecinos, que sí temían a su madre, ahora se lamentaban por la terrible situación a la que se tenía que enfrentar Abril. Además no estaban seguros de que su ejecución hubiera sido justa. Muchos se habrían hecho cargo de Abril, pero nadie se atrevió por miedo a que ellos fueran también condenados.

No estuvo presente en la ejecución de su madre, pero el silencio fue abrumador. Nunca una ejecución fue tan silenciosa.

Abril nunca antes había entendido la forma que tenía su madre de hablarle de sus vecinos, pero ahora lo comprendía todo y les odiaba, y todavía odiaba más a aquellos que le miraban con lástima.

V

Abril se quedó helada. Hacía una semana que no aparecía por “su rincón”, algo poco habitual para estas fechas, pero desde luego no esperaba encontrarse con aquello. Se acercó y lo contempló con la boca abierta. Miró alrededor, pero no había nadie. Lo recogió del suelo. Era una talla de madera con otro extraño animal, éste parecía que había sido estirado de sus extremos, pues su cuello y sus patas parecían serpientes. Lo recogió del suelo, pasó sus dedos suavemente sobre ella y se acercó a la orilla del río. Metió los pies en el agua los sacó rápidamente y se marchó a casa a guardarlo junto con su otro tesoro.

Al día siguiente acudió de nuevo a “su rincón”, había terminado sus quehaceres domésticos y se disponía a trabajar un poco en cestería hasta que oscureciese, pues el día anterior, no había hecho nada. Cuando llegó allí vio algo que le hizo parar en seco. Eloy estaba allí tallando una pieza de madera. Se dispuso a dar media vuelta antes de que la viese, pero él le habló:

- Todavía me queda un poco, pero terminaré enseguida.

Abril se acercó lentamente y se quedó en cuclillas a cierta distancia, observando como tallaba. Tan sólo tenía la cabeza tallada pero enseguida reconoció que se trataba de un caballo.

- Mi padre ha viajado mucho – comenzó Eloy sin mirarle– siempre me traía libros de sus viajes y hacía dibujos de las cosas que más le

asombraban. Es un buen dibujante. Me ha contado tantas historias, que a veces incluso creo que yo mismo las he vivido.

- Es un caballo – dijo Abril.

- ¿Te gustan los caballos Abril? – le preguntó sin levantar la cabeza de su trabajo.

- No mucho – y su voz apenas se hizo perceptible.

- Muy bien entonces empezaré otro.

- ¡No!... no. Está quedando bien.

El chico sonrió. Abril, dejó sus tiras de miembro en el suelo y se acercó al río a meter los pies en el río. Sacó los pies del agua y se puso a trenzar una pequeña cesta. Estuvieron en silencio.

- Ya está terminado. – Se lo dejó al lado de Abril y se levantó y se despidió – hasta mañana Abril.

- Adiós – contestó la chica y observó como se alejaba.

Cogió el caballo y lo miró. Lo dejó sobre la hierba y se tumbó para observarlo. Llegó a casa con la cesta sin terminar.

Al día siguiente acudió antes de lo normal. Cuando llegó Eloy, Abril estaba sacando los pies del agua. Se saludaron tímidamente y cuando el joven fue a sentarse vio un pequeño taburete de miembro.

- Es para ti – le dijo Abril.

Eloy mostró una amplia sonrisa. Se acercó y lo tomó con sus manos. Lo observó con detalle manteniendo la expresión de su rostro.

Ese día Eloy talló un pajarillo con una rama en el pico. Mientras ambos se dedicaban a sus labores, mantuvieron una animada charla. Él le contó algunas de las aventuras que había vivido su padre por África y por

supuesto, le habló del elefante y la jirafa. Abril, paraba muchas veces para prestarle la máxima atención. Empezó a notar que le gustaba su compañía, algo que, solo le había ocurrido con su madre.

Así fueron conociéndose poco a poco, aunque Abril no le habló mucho de ella, ni por supuesto de su madre, ni de lo que de ellas se decía. Cuando no estaba con él, el tiempo se le hacía eterno y esperaba impaciente el momento para encontrarse.

Eloy amaba a Abril. Le amaba con locura. Pero se mantenía muy cauteloso con ella por la manera en que le había tratado las primeras veces. Sabía que tenía que ser muy cuidadoso. Pero sentía que llegaba el momento y que no podía esperar más. Su corazón le latía con fuerza cuando estaban juntos y solo podía pensar en estrecharla entre sus brazos y en gozar de sus tiernos labios.

Sus encuentros se alargaban cada día más. Una tarde se les hizo de noche. Cuando se dieron cuenta, estaban en medio de una entretenida conversación.

- ¡Ha oscurecido ya! – exclamó Abril.

Ambos se miraron en silencio sin querer despedirse. Eloy se acercó a su rostro y le besó delicadamente. Se despidió y marchó. Un escalofrío recorrió la espalda de Abril. Permaneció allí de pie hasta que reaccionó. Entonces se mordió el labio inferior sonriente. No solo le había gustado, deseaba tenerlo allí entre sus labios. Se apresuró a alcanzarlo. Eloy escuchó sus pasos y se volvió. Ambos se fundieron en un beso mientras se estrechaban entre sus brazos.

- Me tengo que ir – dijo Eloy entre besos – hasta mañana.

VI

Julieta se levantó temprano para desayunar con Eloy. Pocas veces en toda su vida se había levantado antes de las once de la mañana.

Solían pasar la mañana juntos, desayunaban, paseaban, hablaban y reían. Pero desde hacía unos días, por las tardes Eloy desaparecía y nadie sabía donde estaba. A Julieta no le gustaba que su primo no contase con ella y por eso últimamente tenía una actitud cambiante hacia él. Solía mostrarse demasiado amable y divertida para que Eloy no quisiera dedicarse a otras faenas, o bien, se mostraba muy arisca cuando éste le abandonaba por las tardes. Algunos días incluso su fastidio le duraba hasta la mañana siguiente.

Eloy, no comprendía lo que le pasaba a su prima. Creía que era una joven encantadora, pero su actitud de los últimos días empezaba a molestarle.

Julieta tenía la impresión de que su primo se alejaba cada vez más de ella, y eso todavía le enojaba más. Un día apareció con una pequeña banqueta de miembro que la colocó en sus aposentos y cuando le preguntó, éste no le quiso contestar. Se limitó a decir con una estúpida sonrisa:

- Eso es cosa mía.

Ultimamente estaba como perdido, absorto en sus pensamientos y era difícil mantener una conversación con él. Llegaba al castillo más tarde de lo acostumbrado y no se sabía qué hacía. Tenía que descubrir lo que estaba pasando.

VII

Los encuentros entre Abril y Eloy se fueron haciendo más frecuentes. Eloy le propuso una tarde:

- Quiero llevarte al castillo para presentarte a mi familia, seguro que estarán encantados de conocerte y tal vez en unos días puedas instalarte allí conmigo.

- ¡Estás loco! ¡Eso no puede ser! ¿Le has contado lo nuestro a alguien? — replicó Abril extremadamente inquieta.

- No tranquila – le respondió en tono tranquilizador – pero ¿qué es lo que pasa? Si no te gusta la idea, me puedo instalar en tu casa.

- Eso tampoco sería muy recomendable. – Respondió Abril.

- Pero, ¿qué es lo que ocurre?

- ¿Acaso no lo sabes? – preguntó la chica extrañada.

Desde luego a Eloy nadie le había hablado de Abril y todo lo que conocía de ella por su relación directa.

Abril le explicó su pasado. De sus generaciones anteriores todas ellas nacidas en Abril, de lo que pasó con su madre y de su aislamiento con el resto del pueblo. Eloy escuchó su exposición con atención sin interrumpirle ni un solo momento. Una vez hubo terminado preguntó:

- Y bien, ¿entonces eres bruja?

- Eso dicen – respondió Abril - ¿tú que piensas?

- Yo creo que sí, porque a mí me tienes hechizado – y seguidamente la besó.

Abril se sintió liberada de un gran peso después de haberle contado la historia de su existencia. Ahora sí que era completamente feliz. Eloy sabía todo y aun así seguía amándola.

Continuaron besándose y retozando por la hierba. Eloy aventuró una mano bajo su vestido. Ella respiró profundamente y le correspondió. Aquella tarde sobre la hierba, al lado del río, ambos perdieron su inocencia.

Una calurosa tarde de verano, a mediados de julio, decidieron dar un paseo por los alrededores. Abril, lo condujo a través de un olivar hasta llegar a un cortado en la tierra.

- Ten cuidado – le advirtió Abril – es muy profundo.

Eloy se asomó con sumo cuidado. Estaba asombrado por la profundidad de la cavidad.

- ¿Conoces su historia? – le preguntó la chica.

- No – contestó.

- Un rico moró despreciaba tanto las tradiciones cristianas que fue a trabajar a una de sus eras el día de Santiago Apostol. Mientras estaba faenando la tierra se hundió a sus pies y quedó sepultado. Pero hay quien prefiere esta otra versión: Se dice que este lugar está encantado y que mi madre junto a mi abuela celebraban aquí sus akelarres.

Eloy rió. Ella no dijo nada.

VIII

Eloy no podía creer la situación en la que había vivido todos estos años su adorada Abril. Después de saber de su subsistencia buscó un buen lugar a las afueras de Tarazona para construir la casa en la que vivirían ambos en unos meses. No quiso contarle nada, quería darle una sorpresa. Cuando estuviese acabada, le llevaría hasta allí y le mostraría su nuevo hogar al que se

trasladarían para vivir juntos y formar una familia al margen de las habladurías que tanto le habían dolido a su bella Abril.

Se levantaba bien temprano y pasaba toda la mañana trabajando. Algunas tardes se retrasaba en su cita con Abril. Cuando llegaba solía estar agotado por el trabajo.

La casa iba a ser de piedra con el tejado de madera. Su dormitorio estaría en una habitación aparte y construiría una gran chimenea para caldear la casa en invierno y para cocinar. También construiría un cercado con una pequeña cuadra para tener sus animales así como un pequeño huerto.

Pasaban los días y la casa estaba a punto de quedar finalizada. Eloy estaba realmente cansado por el esfuerzo realizado todo este tiempo, además Abril parecía estar un poco más fría con él por sus continuos retrasos a sus encuentros, pero estaba seguro de que todas estas contrariedades se las iba a compensar con creces.

IX

Julieta estaba colérica. Cada vez sabía menos de su primo y cada vez pasaba menos tiempo con ella. Se sentía ultrajada, después de todas las atenciones que le había prestado y Eloy cada vez se alejaba más.

Cierta mañana llegó a sus oídos la noticia de que se había visto a su primo Eloy en compañía de “la hija de la bruja”. Tendría que enterarse.

Se levantó una mañana bien temprano y cuando lo vio marchar, fue tras de él a una distancia prudencial. Así pudo observar como se pasó la mañana dentro de una casa de piedra, entrando piedra y madera, y escuchando el ruido de herramientas.

Bien entrada la tarde, observó como abandonaba el lugar y se dirigía a un lugar que le producía escalofríos: los alrededores del Pozo de Aínes y de la cueva de la “hija de la bruja”. Así pudo observar, como en efecto, ambos se encontraron allí, como se besaron y como hicieron el amor sobre la hierba.

Julieta estaba rabiosa. ¿Cómo podía despreciarla a ella por una bruja ruin desaliñada? ¿Acaso no era ella mucho más bonita que esa Bruja? ¿Acaso no vestía con atuendos mucho más lujosos y vistosos? ¿Acaso su piel no era mucho más suave y tersa? ¿Cómo podía preferir a esa alimaña mugrienta?

Volvió al castillo a galope. Estaba fuera de sí misma. No podía consentir aquello, era un insulto para ella.

Pasó varios días en sus aposentos. Solo salía para comer y para hacer sus necesidades. Los sirvientes no se atrevían a hablarle, estaba fuera de sí misma.

Al fin, tuvo una idea. Habló con dos de sus guardias para que se preparasen para salir con ella. Colocó un cojín en su vientre sujeto con una sábana alrededor de su cuerpo, se colocó un vestido y abandonaron el castillo.

X

Abril estaba en la puerta de su cueva remendando una sábana vieja. Pensaba en Eloy y que le amaba, pero le dolía la extraña actitud que mostraba últimamente, precisamente desde que le había contado su historia familiar.

Cuando estaban juntos, él parecía estar distante, absorto en otros pensamientos. Siempre llegaba tarde a sus citas y cuando llegaba solo quería tumbarse en la hierba. Echaba de menos sus atenciones, pero por otro lado, no creía que le hubiese dejado de amar, puesto que aun con todo se mostraba

cariñoso el poco tiempo que pasaban juntos y siempre le dedicaba bonitas palabras.

Escuchó ruido de caballos. Recogió urgentemente sus ropajes y se introdujo en la cueva. Los caballos pararon delante de su cueva. Escuchó unos pasos acercándose a la puerta. Varios golpes hicieron sonar la madera de su puerta.

Abril se acercó temerosa y abrió la puerta intentando no mostrar temor alguno. Abrió la puerta y sus ojos se abrieron como platos. Dos guardias estaban delante de ella a ambos lados de una joven regordeta con los mofletes rosados. Creyó reconocerla: era la hija de los señores del castillo.

- Tengo entendido que estás haciendo planes con Eloy – sentenció tajantemente Julieta.

Abril se mostró sorprendida ¿acaso Eloy le había contado algo a su prima? ¿A qué se refería cuando había dicho *planes*?

- Pues debes olvidarte de él. ¿No ves que está jugando contigo? Nos vamos a casar. Estoy encinta y vamos a tener descendencia. ¿Acaso creías que podía querer algo contigo? Es el sobrino de tus señores, tu nunca podrías aspirar a nada con él, ni siquiera a ser su sirvienta. Las sirvientas de castillo llevan mejores vestidos que tú. Si no te apartas de él, tendré que ordenar que te maten – emitió una sarcástica carcajada y se marcharon.

Abril cerró la puerta. Dos lágrimas se precipitaron por su mejilla. ¿Acaso podía ser aquello cierto? Lo cierto es que últimamente tenía un comportamiento extraño. Empezó a faltarle el oxígeno y sintió que se mareaba. Se derrumbó sobre la cama y allí se deshizo en lágrimas.

XI

Julieta estaba gozosa. Tenía la impresión de que su plan iba a funcionar. Después solo tendría que acercarse de nuevo a su primo y si éste llegaba a enterarse algún día de su intrusión, ya buscaría alguna explicación.

Aquella noche Eloy no acudió al castillo. A la mañana siguiente se ordenó su búsqueda. La guardia del castillo se desplegó peinando la zona. Julieta esperaba impaciente alguna noticia al respecto. ¿Y si se habían fugado juntos? No pararía hasta encontrarlos y luego los mataría.

Oyó gritos de hombres y acudió de prisa a ver que ocurría. Dos guardias hablaban con su padre: el cuerpo de Eloy yacía inerte en el fondo del Pozo de Aínes. Julieta contó a su padre lo que había visto hacía unos días y en compañía de quién se encontraba. Se ordenó la captura inmediata de la “hija de la bruja”.

XII

Era Abril. Empezó a sentir fuertes dolores en su vientre. Sabía que había llegado el momento. Aquel día, en el suelo de una cueva perdida en algún lugar del Somontano de Moncayo dio a luz una preciosa niña. Era Abril.



Durante muchos años, se dijo que la “hija de la bruja” había lanzado a su amado Eloy al fondo del Pozo de Aínes. Desde entonces se dice que el pozo goza de una humedad poco habitual en la zona: son las lágrimas de Eloy que llora desconsolado por el amor de su bella Abril.